

## CAPÍTULO II.

### DE LOS SACRIFICIOS HUMANOS.

Una vez que fué universalmente recibida la doctrina de la sustitucion, ya no quedaba duda sobre la eficacia de los sacrificios, proporcionada con la importancia de las víctimas; de cuya doble creencia, justa en su raiz, pero corrompida por aquella fuerza que todo lo habia corrompido, nació en todas partes la horrible supersticion de los sacrificios humanos: en vano decia la razon al hombre, que no tenia derecho ninguno sobre su prójimo, lo que hasta todos los dias atestiguaba, al ofrecer la sangre de animales, para rescatar la del hombre; en vano daba la suave humanidad y la compasion natural nueva fuerza á los argumentos de la razon, pues ante un dogma que tanto aliciente encerraba, quedábase la razon tan impotente como el sentimiento.

Quisiérase poder contradecir la historia, cuando nos enseña tan horrorosa costumbre, practicada en todo el universo; mas para vergüenza del género humano, nada hay de mas incontestable, y hasta las ficciones de la poesia atestiguan esta preocupacion universal:

« Su sangre apenas cuela y enrojece el suelo, cuando los Dioses » sobre los altares hacen resonar el estruendo; los vientos agitan el » aire, retumbando con feliz estremecimiento; y la mar les res- » ponde con sus espantosos bramidos. A lo lejos gimen las riberas » blanqueadas por la espuma, y la llama de la hoguera se enciende » por sí misma, mientras que entreabriéndose el cielo, que los re- » lámpagos hacen resplandecer, despide un horror santo que á to- » dos nos dá nueva quietud. »

Pues qué, ¿necesaria era la sangre de una inocente jóven, para la partida de una armada y el buen éxito de una guerra? Lo repito: ¿de dónde los hombres habian sacado esta opinion, y de qué verdad corrompida habian llegado á tan espantoso error? Queda bien demostrado, me parece, que todo esto provenia del dogma de la sustitucion, cuya verdad es incontestable y hasta innata en el hombre (pues ¿cómo hubiera podido adquirirla?); pero de la cual hizo un abuso lamentable; porque espresándose con exactitud, no adopta el hombre el error; solamente puede ignorar la verdad, ó abusar de ella, es decir, estenderla por medio de una falsa induccion, á un caso que le es del todo ageno. Dos me parece son los sofismas que estraviaron al hombre: primero, la importancia de los sugetos de quienes se trataba de alejar el anatema: dijose que *para salvar un ejército, una ciudad y hasta un gran soberano, ¿qué era un hombre?* Y considerando tambien el carácter particular de dos especies de víctimas humanas, ya condenadas por la ley civil-política, infirióse de aqui: *¿qué era la vida de un reo, ó de un enemigo?*

Parece muy probable, que las primeras víctimas humanas fueran reos que la ley habia condenado; pues han creido todas las naciones lo que los Druidas creian, segun refiere Cesaro (1): *Que el suplicio de los reos era cosa muy agradable á la divinidad*: tambien se creia en la antigüedad, que todo crimen capital cometido en el Estado *ligaba* á la nacion, y que el reo estaba *sagrado* ó dedicado á los Dioses, hasta que con la efusion de su sangre hubiera *desatádose* á sí mismo y á la nacion (2). Hé aqui por qué la palabra *sagrado* (*sacer*) tomábase en latin en bueno y mal sentido, porque la misma espresion en griego (*οσιος*) significa igualmente lo que es santo, y lo que es profano; porque tambien la palabra *anatema* significaba á la vez lo que se ofrece á Dios como don, y lo que se deja á su venganza; porque, en fin, se dice en griego como en latin, que una cosa ó un hombre ha sido *de-sagrado* (expiado), para espresar que se les ha lavado de una mancha que habian contraido: parece esta palabra *de-sagrar* (*αφοσιωνν, expiare*), ser contraria á la analogía, y un oido poco experimentado pediria *re-sagrar* ó *re-santificar*; mas el error es solo aparente, siendo la espresion muy exacta: en las

(1) De Bello gallico, vi, 16.

(2) Esas palabras de *liar* y *desliar* son tan naturales, que han sido adoptadas para siempre en nuestro lenguaje teológico.

lenguas antiguas, *sagrado* quiere decir: lo que está dedicado á la divinidad, poco importa por qué razón, y que así se halla ligado, de manera que el suplicio *de-sacra*, *expia* ó *deslia*, así como la *absolucion* religiosa.

Cuando las leyes de las XII Tablas pronuncian la muerte, dicen: SACER ESTO! (*¡sea sagrado!*) es decir, dedicado: ó por espresarse mas exactamente, *librado*; pues en todo rigor, el reo no estaba dedicado, sino por la ejecución: y cuando reza la Iglesia por las mujeres dedicadas (*pro devoto femineo sexu*), quiero decir, por las *religiosas*, que verdaderamente están dedicadas en un sentido muy propio (1), siempre es la misma idea: por un lado está el crimen, por el otro la inocencia; mas ambas son SAGRADAS.

En el diálogo de Platon, intitulado el *Enthyphron*, un hombre al momento de llevar ante los tribunales una acusacion terrible, pues tratábase de denunciar á su padre, se disculpa, diciendo: «Que igualmente se halla uno manchado, ya cometa por sí mismo un crimen, ya se deje vivir tranquilo al que lo cometió, y que así quiere absolutamente continuar en su acusacion para absolver á la vez su propia persona y la del reo (2);» en este trozo está muy bien espresado el sistema antiguo, que bajo cierto aspecto honra el buen sentido de los antiguos.

Infelizmente, penetrados los hombres del principio de la eficacia de los sacrificios proporcionada á la importancia de las victimas, ya del reo al enemigo no hubo mas que un paso, pues todo *enemigo* fué mirado como *reo*, é infelizmente aun todo *extranjero* fué *enemigo*, cuando hacian falta las victimas: demasiado conocido está este tremendo derecho de gentes: hé aquí por qué *hostis* (3) en

(1) Chanceando sobre ese testo: Pro devoto femineo sexu, no dejó de decir un periodista francés, que la Iglesia ha dado á las mujeres el título de *sexo devoto* (Journal de l'Empire 26 fevrier 1812); mas no es menester disputar con gentes de talento que están aprendiendo el latin, pues pronto sin duda lo sabrán: verdad es, sin embargo, que sería bueno haberlo aprendido antes de hacer mofa de la Iglesia Romana que lo sabe de un modo pasadero.

(2) Ἀφροσιῶς σεαυτὸν καὶ ἐκείνον. (Plat. Entyph. Opp. tom. I, p. 8).

(3) Eusth. ad Loc. La palabra latina *hostis* es la misma que la palabra *hôte* en francés, y ambas se hallan en la palabra alemana *hast*, aunque sean ahí menos visibles: conque siendo el *hosti*, un *enemigo*, un *extranjero*, y bajo ambos conceptos sujeto al sacrificio, el *hombre* y por analogía el animal inmolado se llamaron *hostia*, cuya palabra, sabemos, cuán desnaturalizada y ennoblecida ha sido en nuestras lenguas cristianas.

latin significó al principio igualmente *enemigo* y *extranjero*, cuyo sinónimo se ha complacido en recordar el mas elegante de los escritores latinos (1), y observo tambien que en un pasaje de la Ilíada, Homero traduce la idea de *enemigo* por la de *extranjero* (2), hácia cuya espresion su comentador llamó nuestra atención.

Parece que ésta fatal induccion esplica perfectamente la universalidad de una práctica tan detestable; que la esplica, digo, muy bien *humanamente*, pues de ningun modo pretendo negar (y ¿cómo podría, el sentido comun lijeramente iluminado, cómo podría negarlo?) la accion del mal que todo lo habia corrompido.

Ninguna fuerza ejercería sobre el hombre esta accion, si le presentase al error aislado, ni la cosa es siquiera posible, puesto que el error no es nada: abstraccion hecha de toda idea antecedente, el hombre que se hubiese propuesto inmolar á otro, para hacerse los Dioses propicios, habria, para toda respuesta, sido entregado á la muerte, ó encerrado como demente: débese pues siempre partir de una verdad para enseñar un error, de lo que sobre todo se apercibirá uno, meditando sobre el paganismo que resplandece en verdades, mas todas alteradas y sacadas de su propio lugar, de manera que soy enteramente de la opinion de aquel teósofo, que ha dicho en nuestra época, que *la Idolatria era una putrefaccion*: sí, examínese de cerca, y se verá, que de las opiniones las mas locas, las mas indecentes, las mas atroces, de las prácticas las mas monstruosas y que mas han deshonrado al género humano, no hay una, que no podamos *librar del mal* (desde que nos ha sido dado el poder pedir esta gracia), para dejar ver despues el residuo verdadero, que es divino.—Luego fué de estas verdades incontables de la degradacion del hombre y de su *culpabilidad* original, de la necesidad de una satisfaccion, de la reversibilidad de los méritos y de la substitucion de las penas espiatorias, de donde partieron los hombres, para llegar á aquel espantoso error de los sacrificios humanos.

Francia! en tus selvas habitó largo tiempo.

«Todo Gaula á quien acometia alguna enfermedad grave, ó que

(1) I, soror, atque hostem supplex superbum (Vir. Æn. iv, 424). Ubi servius: Nonnulli justa veieres hostem pro hospite dictum accipiunt (Forcellini in hostis).

(2) Ἀλλοτριῶς φῶς, Iliad. V, 814.

»peligraba en la guerra (1) inmolaba hombres ó prometia inmolárlas, no creyendo poder los Dioses ser aplacados, ni la vida de un hombre ser rescatada de otra manera sino por la de otro; así se habian hecho estos sacrificios, ejecutados por las manos de los Druidas, instituciones públicas y legales, en los cuales, cuando faltaban los reos, se procedía al suplicio de los inocentes: algunos llenaban con hombres vivos, ciertas estátuas colosales de sus Dioses, y cubriéndolas con ramas flexibles, prendíanlas fuego, peñeciendo así los hombres, rodeados de llamas (2).» En Gاليا, lo mismo que en otras partes subsistieron tales sacrificios hasta el momento en que llegó á establecerse allí el cristianismo, pues en ninguna parte acabaron sin él, y nunca se mantuvieron con él.

Habiase llegado al punto de creer que no se podía suplicar en favor de una cabeza, sino al precio de otra cabeza (3), y además, hallándose toda verdad como debe hallarse en el paganismo (mas como decia antes, en un estado de putrefaccion), la teoría, tan consoladora como incontestable del *suffragio* católico, aparece en medio de las tinieblas de la antigüedad, bajo la forma de una supersticion sanguinaria, y como todo sacrificio verdadero, toda accion meritoria, toda mortificacion, todo padecimiento voluntario, puede verdaderamente ser provechoso á los muertos, el Politeísmo, estraviado de una manera brutal por ciertos recuerdos vagos y corrompidos, vertía la sangre humana, para apaciguar los difuntos: al rededor de las tumbas se degollaban á los presos, y si faltaban estos, venian los gladiatares á derramar su sangre, haciendo así de esta estravagancia tan cruel un oficio, por el cual recibian un nombre (*Bustiarii*) que podrá representarse por el de *Hogueros*, porque estaban destinados á derramar su sangre al rededor de las hogueras; en fin, si llegaba á faltar tambien la sangre de estos infelices, como la de los presos, venian á despecho de las doce Tablas (4), mujeres que se desgarraban los carrillos, para hacer por lo menos, ante las hogueras, una imágen de los

(1) Mas el estado de guerra era la situacion natural de aquel pais: *Ante Cæsaris adventum fere quotannis (bellum) occidere solebat; uti, aut ipsi injurias inferrent, aut illas propulsarent.* (De Bello gallico, vi, 15).

(2) De Bello gallico, vi, 16.

(3) *Præceptum est ut pro capitibus capitibus supplicarentur; idque aliquandiu observatum ut pro familiarium sospitate pueri mactarentur Manie dev. matri Larum* (Macrob. Sat. I, 7).

(4) *Mulieres genas ne radunto.* XII, Tab.

sacrificios, y satisfacer á los Dioses infernales, como decia Varro, enseñándoles sangre (1).

¿Será necesario citar aquí á los Tirios, á los Fenicios, á los Cartagineses, á los Cananeos? ¿Recordar que estos sacrificios los renovaba Atenas, en sus mejores dias, todos los años? ¿Que Roma, en peligros inminentes sacrificaba los Galos? (2), Pues ¿quién podría ignorar estas cosas? No menos inútil sería recordar la costumbre de inmolar enemigos, y hasta oficiales y criados sobre la tumba de los reyes y de los grandes capitanes.

Al llegar nosotros á América, al fin del siglo XV, hallamos ahí esa misma creencia, pero aun mucho mas feroz, pues se veian obligados á presentar á los sacerdotes mejicanos hasta veinte mil víctimas humanas cada año, y para procurárselas era forzoso declarar la guerra á algun pueblo, sacrificando los mejicanos en una necesidad á sus propios hijos: el sacrificador, abriendo el pecho de las víctimas, se apresuraba á arrancarles el corazon vivo, y el pontífice exprimía su sangre, que hacia colar en la boca del idolo, mientras que todos los sacerdotes comian las carnes de las víctimas.

..... ó Pater orbis!  
Unde nefas tantum? .....

Solis nos ha conservado un monumento de la buena fe tan horrible de esos pueblos, trasmitiéndonos el discurso de Majiscatzin á Cortés, durante la morada que hizo este célebre español en Tlascala: *Ni sabian, decia, que pudiese haber sacrificio sin que muriese alguno por la salud de los demás* (3).

En el Perú sacrificaban los padres de la misma manera á sus propios hijos (4): en fin, este furor, así como el de la antropo-

(1) *Ut rogis illa imago restitueretur; vel, quemadmodum Varro loquitur, ut sanguine ostenso inferis satisfiat* (Joh. Ros. Rom. Antiquit. corp. absolutiss. cum notis Th. Demsteri à Murreck. Amst., Blaen, 1685; in 4.º V. 39, p. 432).

(2) Porque los Galos eran para los Romanos el *hostis* y por consiguiendo la hostia natural: «Con las otras naciones, dice Ciceron, combatimos para la gloria? con los Galos para la salvacion: así que amenazan á Roma exigen las leyes y costumbres que tenemos de nuestros antepasados que el alistamiento no tenga excepciones (Cicer. pro M. Fonteio.)»

(3) *Ant. Solis. Conq. de la Nueva España, lib. III, c. 3.*

(4) Se encontrarán pormenores exactos de esas atrocidades, en las cartas americanas del Conde *Carli-Rubi*, y en las notas de un traductor fa-

fagia, han dado la vuelta del globo y deshonrado ambos continentes (1), y hoy mismo, á pesar de la influencia que ejercen nuestras armas y nuestra ciencia, ¿hemos conseguido el desarraigarse de la India esta infausta preocupacion de los sacrificios humanos? ¿Qué dice, pues, la ley antigua de este país, que es el Evangelio del Indostan? *El sacrificio de un hombre regocija á la divinidad durante mil años, y el de tres hombres la regocija durante tres mil años* (2).

Sé muy bien, que en tiempos mas ó menos posteriores á esta ley, la humanidad, que á las veces suele ser mas fuerte que la preocupacion, ha conseguido sustituir á la víctima humana, la figura de un hombre hecho de manteca ó de pasta, mas no por eso han dejado de permanecer los sacrificios verdaderos, y aun hoy subsiste el de las mujeres á la muerte de sus maridos.

En este particular sacrificio, que llaman el *Pitrimedha-Yaga* (3), la oracion que dice la mujer antes de arrojar en las llamas, tiene el nombre de *Sancalpa*: antes de precipitarse hace innovaciones á los Dioses, á los elementos, á su conciencia (4), y esclamando: *¡Y tú mi conciencia! Seas testigo que me voy á seguir á mi marido*, abraza el cuerpo de su esposo en medio de

nático que infelizmente ha manchado con todos los excesos de la impiedad moderna, investigaciones interesantes (Ver *Lettres américaines* traduct. de l'italien de M. le Comte Gian Rinaldo Carli. Paris, 1788; 2 vol. in 8.º lettre 7.ª p. 116, y lettre 27, p. 407 y sig). Al reflexionar sobre algunas notas muy sabias, estoy por creer que la traduccion principiada por una mano pura, ha estado echada á perder en una nueva edicion por mano muy diferente, esto por lo demás son ardidcs modernos muy conocidos.

(1) El editor francés de Carli, preguntase ¿por qué? y responde con sabiduria: *Porque siempre es el hombre del pueblo que engaña la opinion* (Tom. I, lettre 13, p. 416) ¡Bella y profunda solucion!

(2) Ver el *Rudhiradhyaya*, ó el *Capítulo Sangriento* traducido del *Calica-Puran* por M. Blanquiere, (*Asiat. Research. Sir Will. Jones's works*, in 4.º, tom. II, p. 1058).

(3) Esta costumbre, por la cual deben las mujeres matarse ó quemarse sobre la tumba de sus esposos, no es peculiar de la India, pues tambien la hallamos en naciones del norte. (Herod. lib. V, C. I, §. 2). Ver Brottier sobre Tacito, de Mor. Germ., c. XIX, not. 6, y en América (Carli, cartas mencionadas, tom. I, carta 10).

(4) *La conciencia!* ¿Quién sabe lo que puede valer semejante persuasion ante el tribunal del juez infalible, tan suave para todos los hombres, y que derrama su misericordia sobre todas sus criaturas, como su lluvia sobre todas las plantas? (Ps. cxliv, 9).

las llamas, con los gritos: *¡Satya! ¡Satya! ¡Satya!* (palabras que quiere decir *verdad*); entonces el hijo ó el pariente mas cercano pega fuego á la hoguera (1), y cométense estos horrores en un país en que matar á una vacca es un crimen terrible, en que no se atreve el supersticioso bramania á matar los insectos asquerosos que le devoran.

Habiendo querido conocer en 1803 el gobierno de Bengala el número de mujeres que una bárbara preocupacion conducia sobre la hoguera de sus esposos, averiguó que no bajaba de treinta mil anualmente (2); todavia en abril de 1802 las dos mujeres de Ameer-Jung, regente de Tanjora, se quemaron sobre los despojos de su marido, de cuyo sacrificio hay detalles horribles, pues todo lo que la ternura materna encierra de mas poderoso, todo lo que puede hacer un gobierno que no quiere usar de autoridad, todo fué vano para impedir semejante atrocidad, permaneciendo las dos mujeres inmortales (3).

En algunas provincias de este vasto continente y en las clases infimas del pueblo, es bastante comun la costumbre de hacer el voto de darse la muerte voluntariamente si se obtiene tal ó cual gracia de los ídolos del país, precipitándose, los que han hecho este voto y conseguido lo que deseaban en un sitio llamado *Calabhairava*, que se halla en los montes, en medio de los rios *Tapti* y *Nermada*: la feria que todos los años hay en ese lugar, presencia por lo general ocho ó diez de estos sacrificios á que impele la preocupacion (4). En fin, toda vez que una india echa al mundo dos gemelos, debe sacrificar uno de ellos á la diosa *Gonza*, arro-

(1) *Asiat. Research.*, tom. VII, p. 222.

(2) Estraido de los papeles ingleses, como lo traduce la *Gacette de France* del 19 junio 1804, núm. 2369. *Anales literarios y morales*, tom. II, Paris, 1804; in 8.º, p. 145. Mr. Colebrooke de la sociedad de Calcutta, asegura, con verdad, en sus *Investigaciones asiáticas* (Sir Wil. Jones's works *Supplem.*, tom. II, p. 722), que nunca ha sido muy crecido el número de esos mártires de la supersticion, cuyos ejemplos se han vuelto raros; mas esa expresion raros, nada espresa de preciso, y despues, existiendo la preocupacion y reinando en una poblacion de mas de 60 millones de almas quizás, pareceme que debia necesariamente producir un sin número de tan atroces sacrificios.

(3) Ver. *The asiatic. anual. Register*, 1802, in 8.º Ahí se ve, que segun la observacion de los maratós, esa especie de sacrificios eran frecuentes en Tanjora.

(4) *Asiat. Research.*, tom. VII, p. 267.

«jándolo en el *Ganjes*, y aun algunas mujeres están sacrificadas de tiempo en tiempo á esa diosa (1).

En esa India, que tanto se alaba, «permite la ley al hijo hechar al agua á su padre anciano é incapaz de trabajar para procurarse su subsistencia, y la jóven viuda se vé obligada á quemarse sobre la hoguera de su esposo; se ofrecen sacrificios humanos con el fin de apaciguar el genio de la destruccion, y la mujer que por mucho tiempo ha quedado estéril, ofrece á su Dios el hijo que acaba de dar á luz, esponiéndolo á las aves de rapiña y á las fieras, ó dejando que se lo lleve la corriente del *Ganjes*: *La mayor parte de estas crueldades las cometieron aun solemnemente en presencia de los europeos en la última festa indostana, celebrada en la isla de Sangor en diciembre de 1801*» (2). Quizás está uno por decir: *Y ¿cómo puede el inglés, amo absoluto de esas regiones, ver todos esos horrores, sin poner orden en ello? Derrama quizás lágrimas sobre las hogueras, pero ¿por qué motivo no apagarlas? Si, órdenes severas, medidas de rigor, ejecuciones terribles han sido empleadas por el gobierno, mas ¿para qué? Para aumentar siempre ó mantener su poder, pero nunca con el fin de calmar tan tremendas costumbres: diríase verdaderamente que la frialdad de una falsa filosofía ha apagado en su corazon aquella sed del orden que produce los mayores cambios á despecho de los mayores inconvenientes, ó que el despotismo de las naciones libres, que es el mas terrible de todos, menosprecia demasiado aquellos esclavos para tomarse el trabajo de hacerlos mejores.*

Me parece, sin embargo, que se puede hacer desde luego una suposicion mas honrosa, y por esto solo mas verosímil; y es, la absoluta imposibilidad de vencer en este punto la preocupacion obstinada de los indios, pues queriendo abolir por medio de la autoridad estas medidas atroces, solo se conseguiria comprometerla sin fruto de la humanidad (3). Además veo un gran pro-

(1) Gazette de France, en la parte ya citada.

(2) Ver, Essais by the studens of Fort William Bengal, etc. Calcutta, 1802.

(3) Seria, sin embargo, poco justo de no observar que en las partes de la India que se hallan bajo el cetro católico, la hoguera de las viudas ha desaparecido: tal es la fuerza secreta y admirable de la ley de gracia. Pero la Inglaterra que con una dominacion por cierto muy dulce y muy humana deja que quemem por millares á mujeres inocentes, echa seria-

blema que resolver, el saber, ¿si esos sacrificios atroces que nos indignan tan justamente no son buenos, ó al menos necesarios en la India? Pues por medio de esta terrible institucion se halla la vida del esposo bajo la guardia incorruptible de sus mujeres, y de todo lo que por ellas se interesa: ¿qué sucederia en aquel pais de las revoluciones, de las venganzas, de crímenes viles y tenebrosos, si las mujeres, no perdiendo materialmente nada con la muerte de sus esposos, vieran solo en ella el derecho de obtener otro? ¿Podemos creer que los legisladores antiguos, hombres todos grandes, no hayan tenido en esos paises motivos peculiares y poderosos para establecer semejantes costumbres, y podemos aun creer que tales costumbres hayan podido establecerse con medios meramente humanos? Todas las legislaciones de la antigüedad menosprecian, degradan, incomodan y maltratan mas ó menos á las mujeres: «*La mujer, dice la ley de Mena, está protegida por su padre en la infancia, por su esposo en la juventud, y por su hijo en la senectud, de suerte que jamás tiene aptitud para hallarse en estado de independenciam, pues el indomable ardor de su pensamiento, la inconstancia del carácter, la ausencia de toda afeccion constante, y la perversidad natural que distingue á las mujeres, no dejan nunca, á pesar de todas las precauciones imaginables, de desapegarlas muy pronto de sus maridos*» (1).

Platon quiere que las leyes no pierdan ni un momento á las mujeres de vista, «*pues, dice, si se halla este artículo mal arreglado, ya no son mas la mitad del género humano, son mas de la mitad, y tantas veces mas de la mitad, que veces tienen menos virtud que nosotros*» (2). ¿Quién no conoce la increíble esclavitud en que estaban las mujeres de Atenas, donde se hallaban sujetas á una tutela interminable, donde cuando moria un padre dejando solo una hija ya casada, tenia derecho el pariente mas cercano de nombre para quitarla á su esposo y hacer de ella su mujer; donde un marido podia dejar la suya, como parte de su propiedad,

mente en cara al Portugal las sentencias de su inquisicion, es decir, algunas gotas de sangre culpable que vierte de lejos en lejos: *Ejice primo trabem, etc.*

(1) Leyes de Menu, hijo de Brahma (trad. por el Cab. Will. Jones's works, tom. III, c. 11, núm. 3, p. 335-337).

(2) Plat. de Leg. VI, opp. tom. VIII, p. 310, ibi *οσω δὲ ἡ ἡλικία ἡμῶν φύσις πρὸς ἀρετὴν χεῖρων τῆς ἰσθμίων, τοσούτω διαφέρει πρὸς τὸ πλέον ἢ διαπλάσιον εἶναι.*